

DEL MITO A LA CIENCIA: LÍMITES Y POSIBILIDADES DE LA RAZÓN GRIEGA

José Carlos Bermejo Barrera
Univesidad de Santiago de Compostela

Resumen:

En este artículo se revisa la distinción tradicional entre mito y razón y se destaca la importancia de las circunstancias sociales e históricas con el fin de entender estos dos modos de pensar.

Abstract:

In this paper I try to differentiate between myth and reason. The magnitude of historical and social circumstances is emphasized in order to understand this two manners of thinking.

Palabras clave:

Mito, razón, sociedad, historia.

Key Words:

Myth, reason, society, history.

Cuando oímos las palabras Mito y Ciencia tendemos a considerarlas, casi automáticamente, como dos términos antitéticos. En efecto, ¿puede haber algo más distante que las más altas y las más bajas creaciones de la mente humana?; ¿pueden acaso confrontarse mejores paradigmas de la irracionalidad y de la racionalidad que el Mito y la Ciencia?

Para la opinión más difundida parece claro que no, puesto que, según ella, es evidente que el Mito no es más que una de las formas inferiores de la creencia religiosa – propia de los pueblos primitivos y atrasados- y la Ciencia supone el más alto grado de desarrollo de las capacidades intelectuales del hombre y, precisamente por ello, es lo que caracteriza a nuestra civilización industrial contemporánea. Sin embargo hace ya algunos años que todas estas cuestiones han dejado de estar tan claras para los especialistas en el estudio del pensamiento mítico, por una parte, y de la teoría y la historia de la ciencia, por otra parte, por lo que será de gran interés que nos replanteemos a continuación la formulación de todos estos conceptos, centrándonos en una cultura en concreto: la cultura griega, ya que ella ha sido la supuesta madre del pensamiento científico y la heroína que en su momento histórico preciso supo liberar a la mente humana de las cadenas que le imponía el dominio del mito.

Hablar de Grecia, del pensamiento griego y de la racionalidad helénica puede producirnos hoy en día incluso un cierto hastío, pues ideas y conceptos tales como el milagro griego o la contribución helénica al desarrollo de la cultura occidental son términos tan traídos y llevados que, a fuerza de oírlos, pueden acabar por producirnos desde la sonrisa a la repugnancia. Y ello es lógico, ya que efectivamente se ha desarrollado en torno al tema de la transición del pensamiento mítico al pensamiento filosófico y científico toda una literatura empapada de una retórica de escaso estilo, y basada muchas veces en supuestos más que dudosos y de muy difícil comprobación.

Recorreremos a continuación las principales fases del desarrollo historiográfico de esta cuestión, para concluir replanteándonos el problema de las semejanzas y las diferencias existentes entre el pensamiento mítico y el pensamiento científico desde un nuevo punto de vista.

Quienes en primer lugar se plantearon el problema del tránsito del *mythos* al *logos* –o del mito a al razón- fueron naturalmente los propios griegos, y más concretamente los filósofos griegos, que en un principio a partir del siglo VIII con los llamados milesios: Tales, Anaximandro y Anaxímenes, y más concretamente a partir de Platón, comenzaron a destacar la inferioridad del pensamiento mítico frente a las virtudes superiores de la ciencia y la filosofía, términos estos dos últimos que los helenos consideraban como sinónimos.

Sostenían los filósofos, y sobre todo Platón, que el *mythos* era una forma de pensar propia del pueblo inculto: de los campesinos, los pastores o los marineros, adecuada a sus débiles mentes y a las de las mujeres, los niños y quizás también a las de los hombres de los tiempos más remotos. El mito se transmite oralmente, de boca a oído, y así los niños aprenden sus mitos, al igual que nuestros cuentos actuales, de boca de sus madres, abuelas o nodrizas; y el pueblo asimila los suyos al oír recitar los cantos épicos y sobre todo los poemas de Homero. El mito es inferior a la filosofía por muchas razones. En primer lugar porque se trata de un saber oral y popular. Cualquiera puede contar un mito, sus oyentes serán libres de creérselo o no, puede gustarles o convencerles, o todo lo contrario, pero en cualquier caso estará claro que ningún miembro del auditorio podrá exigir una demostración del mismo. Un mito no puede demostrarse ni discutirse porque

no es un teorema matemático ni un texto filosófico que encadene una serie de razonamientos, sino una narración que nos persuade, nos repugna o nos deja indiferentes.

Y es precisamente por ello por lo que este filósofo lo considera peligroso. El mito es una amenaza para la filosofía porque no es controlable por los sabios: cualquiera puede contarlo y cualquiera lo sabe; convence o repugna más allá de las capacidades del razonamiento, y precisamente por estar alejado de la razón no proporciona el conocimiento de la verdad, sino que construye una imitación, una imagen falsa de una apariencia que únicamente puede satisfacer a la parte pasional del alma, en perjuicio de su parte racional.

Todos los caracteres de esta crítica platónica del mito poseerán una enorme importancia histórica porque serán asumidos en primer lugar por la mayor parte de los filósofos griegos posteriores y más tarde por los pensadores cristianos, que los utilizarán en su crítica del politeísmo pagano. En efecto, a partir de este filósofo el mito será considerado como una forma de pensamiento popular, primitiva o inculta, frente al pensar culto, actualizado y científico. El mito, al ser fundamentalmente una narración, será situado junto a la poesía, la literatura en general o el arte, frente al discurso científico o racional. Y el mito, al hacer llamadas a la persuasión, más que a la razón, será considerado como una actividad humana inferior o de segunda categoría.

A lo largo del transcurso de la Antigüedad los diferentes filósofos irán haciendo variar a los portadores del mito. Para unos será el pueblo el portador de este tipo de pensamiento, para otros más concretamente los campesinos. Algunos sostendrán que eran nuestros antepasados más primitivos los representantes de esta forma de pensar, mientras que otros la situarán entre aquellos pueblos contemporáneos suyos que ellos consideran como bárbaros o primitivos.

La difusión del cristianismo en los siglos finales del Imperio Romano no supondrá un gran cambio en este planteamiento, ya que se mantendrá en sus características esenciales. La única variación importante consistirá en que, a partir de ahora, los primitivos, los bárbaros o el pueblo serán los paganos, a los que se contraponen los cristianos, que asumen el papel anteriormente detentado por los filósofos. El Cristianismo medieval seguirá defendiendo esta postura en lo doctrinal y en lo filosófico, pero la enorme fuerza del legado de la Antigüedad Clásica en los terrenos artístico y literario hará que se extienda una amplia tolerancia hacia el mito pagano en las representaciones artísticas y en las obras literarias. Los personajes míticos serán representados en la escultura y en la pintura y utilizados como ejemplos o modelos de la literatura, pero, eso, sí, serán reinterpretados, dándoles un sentido cristiano, y así Ulises atraído por el canto de las sirenas representará al alma humana en su viaje hacia su morada celeste tentada por los diferentes pecados, etc. Tendremos así que, los dioses y los personajes mitológicos paganos, expulsados de los lugares de culto y de los grandes sistemas de pensamiento filosófico y científico, ya desde la Antigüedad, sobrevivirán desde esa misma época hasta nuestra edad contemporánea refugiados en el mundo de la literatura y el arte.

Pero esta supervivencia artística es para nosotros de importancia secundaria, ya que no tendrá importancia en la confrontación entre el mito y la ciencia. Por este motivo será conveniente que nos centremos de nuevo en aquellas etapas históricas que vieron florecer de nuevo el pensamiento científico, tras el lapsus que supone la Edad Media, para ver como en ellas la naciente ciencia, al igual que había hecho en Grecia la naciente filosofía, se va a definir en contraposición con el mito.

No cabe duda alguna que las ciencias físico-matemáticas, que pueden ser consideradas como el paradigma del pensamiento científico, comenzaron su desarrollo

en Europa a partir de figuras como la de Galileo. El pensamiento de este autor, como el de Kepler y el de otros tantos matemáticos y astrónomos se desarrolló con vigor en una Europa nueva que había sufrido numerosos cambios con respecto a los siglos finales de la Edad Media, y que había visto enormemente ampliados sus horizontes geográficos a raíz del descubrimiento de América. El Nuevo Mundo no sólo sirvió para confirmar determinadas hipótesis geográficas y astronómicas sino también supuso un *shock* en lo que podríamos llamar las teorías de la cultura y de la historia, al producirse el contacto y el enfrentamiento con nuevos pueblos de muy diferentes niveles culturales. Todos ellos paganos, por supuesto, y todos ellos fueron considerados inferiores, por lo que se les aplicó de nuevo el esquema de la contraposición: mito = mentira // razón = verdad, y: mito = religión falsa // religión verdadera = razón, que se había elaborado durante los últimos siglos del Imperio Romano.

Pero no todo consistió en la aplicación de viejos esquemas en este proceso de nuevos contactos culturales, puesto que en él la experiencia directa proporcionada por el propio contacto supuso, en cierto modo, un revulsivo. En efecto, no es lo mismo hablar de los primitivos en general que verlos y observarlos. Y será precisamente ese nuevo espíritu de la observación el que lleve al desarrollo del conocimiento de los pueblos primitivos, del conocimiento etnográfico directo.

No hay observación desinteresada, y si lo que se trata de observar es a un pueblo que está bajo nuestro dominio político, el interés estará claramente definido a nuestro favor y en contra de la cultura de ese pueblo, a la que tenderemos a considerar siempre como inferior puesto que: ¿si ellos fuesen superiores a nosotros, qué derechos tendríamos a colonizarlos, dominarlos, convertirlos o educarlos? Este sentimiento de superioridad del colonizador sobre el colonizado será una de las claves que nos permitirá comprender la observación etnográfica acerca del indio americano, en un principio, y acerca del oriental o del negro africano, en momentos históricos posteriores, y las formulaciones contemporáneas que el pensamiento europeo-occidental ha llevado a cabo acerca del mito.

Será el siglo XIX europeo quien, recogiendo una serie de precedentes teóricos elaborados en los siglos XVII y XVIII, llevará a cabo las primeras formulaciones “científicas” acerca de la naturaleza del pensamiento mítico. Con raras excepciones, todas ellas podrían caracterizarse por un rasgo común: su consideración del pensamiento mítico como una de las fases más primitivas del desarrollo de la mente humana. El siglo XIX será el siglo que en sus años intermedios verá nacer por una parte a la historia constituida como ciencia, con la escuela positivista, y por otra parte a la teoría de la evolución, dentro del ámbito de las ciencias biológicas. Historicismo y evolucionismo dejarán una fuerte impronta en todas las teorías antropológicas del pasado siglo, y es por ello por lo que se explica el interés que todas ellas tuvieron por buscar los orígenes de las diferentes instituciones y por situar en los diferentes peldaños de la escala evolutiva a todos y cada uno de los fenómenos propios de las cultura humanas.

En consecuencia el mito será considerado a partir de ahora como la expresión de una forma de pensamiento primitiva correspondiente a las primera etapas del desarrollo de la cultura humana. El mito fue algo propio del remoto pasado de nuestra especie. Si podemos hallar en la actualidad muestras de su funcionamiento, estas muestras constituirán claros ejemplos de supervivencias de la mentalidad primitiva, ya sea encarnados en los primitivos o salvajes actuales –auténticos restos fósiles vivientes de la evolución humana-, o bien en los campesinos, el pensamiento infantil y en los enfermos mentales,

en el que psiquiatras y teóricos de la evolución gustaron de rastrear las huellas del más primitivo pensamiento humano.

Así pues el mito representa fundamentalmente el pasado. Ya no posee ni podrá nunca poseer sentido alguno en nuestra propia cultura, puesto que en ella predomina claramente el pensamiento científico, que supone una clara superación del mito tras llevar a cabo el recorrido de la etapa intermedia entre el pensamiento mítico y el científico que constituye la religión. Mito, religión y ciencia se caracterizarán, de acuerdo con los etnólogos decimonónicos, porque en ellos se mantienen diferentes actitudes del hombre con respecto a la naturaleza. El hombre más primitivo pretende dominar la naturaleza y ponerla al servicio de sus necesidades. Pero en vez de hacerlo mediante el estudio y el conocimiento de las leyes que la rigen, tal y como procede el pensamiento científico, pretende conseguirlo constriñéndola, obligándola, poniéndola a su servicio a través de la magia. La magia se diferencia de la ciencia, desde el punto de vista intelectual, en el uso de unas leyes de gran simplicidad: como la ley de la analogía, según la cual lo semejante actúa sobre lo semejante, la de la proximidad, de acuerdo con la cual una cosa puede actuar sobre otra por simple proximidad o contacto, etc.

La religión procedería del mismo modo que la magia, pero en vez de pretender dominar la naturaleza mediante la constricción, trata de manejarla a través de las súplicas, seres superiores o dioses que poseen el control de los diferentes fenómenos naturales. Actúa pues también equivocadamente, ya que se aparta de la única senda verdadera, que es la marcada por la ciencia.

Las teorías de esta especie, o aquellas otras formuladas ya en pleno siglo XX que pretendieron demostrar que el supuesto pensamiento primitivo posee una naturaleza prelógica, es decir que se la halla incapacitado para funcionar de acuerdo con las leyes y categorías de lógica como los principios de contradicción, casualidad... partieron por una parte de un supuesto indemostrable erróneo de naturaleza política, y por otro lado de una confusión entre niveles muy diversos de la realidad y el pensamiento.

El prejuicio político del que se trata exactamente el mismo del que habíamos hablado al tratar de la conquista de América: se trata de la idea de la evidente superioridad del civilizado sobre el primitivo, que trae como consecuencia la negación de todos aquellos valores: económicos, jurídicos, culturales y políticos, propios de los pueblos colonizados. No fue una mera casualidad que esta idea se desarrollase simultáneamente con el proceso de colonización y reparto de África entre las diferentes potencias europeas y con la expansión europea en el Próximo y Lejano Oriente, a la vez que con el exterminio indio americano. Se trata por lo tanto de un componente ideológico, de una justificación teórica del Imperialismo y el Colonialismo, y no de un principio científico deducible de la propia observación de los pueblos colonizados que se iban estudiando. Sin embargo, y ello debido quizás a su naturaleza ideológica, este principio fue aceptado como un axioma evidente por parte de los mejores etnólogos e historiadores del pasado siglo.

La confusión señalada consiste en la equiparación entre niveles muy diversos de la actividad humana y en la comparación de magnitudes de naturaleza esencialmente diversas. En efecto, no es en modo alguno correcto comparar entre sí a la magia con la ciencia sin más, puesto que la magia es fundamentalmente una técnica psicológica y la ciencia una construcción explicativa de naturaleza meramente teórica. El hombre primitivo no pretende dominar la naturaleza mediante la magia. Si solamente cazase mediante la magia o cultivase la tierra mediante ella se moriría de hambre. El hombre primitivo posee una tecnología racional para la producción de alimentos, la fabricación de utensilios y

viviendas y todas las demás ramas de la producción necesarias para la supervivencia y el mantenimiento de sus comunidades. La magia únicamente la utiliza en ocasiones de peligro, cuando se ve carente de medios, o cuando pretende conseguir algún propósito claramente irrealizable por medios naturales: enamorar a una mujer a la que le resulta indiferente, matar a un enemigo sin ponerle la mano encima, etc.

En este sentido no habría diferencia alguna entre el primitivo y el civilizado, puesto que realizar un acto de carácter mágico para conseguir un propósito de este tipo, rezar a un determinado dios o santo y desear tener suerte en la acción son actos psíquicos que poseen idéntica naturaleza. El hombre primitivo piensa racionalmente unas veces, pero otras no; y en sus comunidades algunos hombres son más capaces de desarrollar un pensamiento racional que otros, exactamente igual que ocurre entre los llamados civilizados, entre los cuales sólo algunos de sus miembros son capaces de pensar matemáticamente, por ejemplo, y ello no durante las veinticuatro horas del día, lo que no dice nada en contra de los matemáticos como seres racionales, ni del hombre civilizado en general.

No deberemos pues comparar tal y como hacían los etnólogos decimonónicos, a un campesino del Antiguo Egipto con A. Einstein, ni a un encantamiento de tipo erótico con la teoría de la relatividad, sino que lo más adecuado sería comparar el pensamiento físico-matemático de ese autor con el de algún antiguo escriba egipcio y el encantamiento erótico antiguo con alguna fórmula equivalente contemporánea, que las hay. Si procedemos de acuerdo con este método veremos que magia, ciencia y religión no constituyen tres etapas históricas sucesivas del desarrollo del pensamiento humano, sino tres modalidades diferentes de ese mismo pensamiento que coexisten simultáneamente entre sí, como lo demuestran las convicciones religiosas, supersticiosas e incluso mágicas de tantos eminentes científicos.

Admitiendo pues la coexistencia de estos diferentes modos de pensar, y tomando conciencia de sus diferencias específicas ¿podría afirmarse que a lo largo de la historia su modo de funcionamiento se ha mantenido constante? Evidentemente no. No se ha producido un proceso evolutivo lineal, pero sí importantes cambios, y uno de ellos, cuya transcendencia histórica ha sido enorme, ha sido el paso, a determinados niveles y por periodos de tiempo muy concretos, de un modo de pensar mítico a un modo de pensar racional que tuvo lugar en la Antigua Grecia.

Dejando a un lado lo que sobre este proceso pensaron los propios griegos, recogido, como hemos visto, por tantos autores posteriores. La investigación contemporánea tiende a considerar a este paso como algo no atribuible a la propia superioridad de la raza o de la mente helena, tal u como señalaba la teoría del famoso “milagro griego”, sino como el resultado de un proceso en el que confluyeron a la vez factores de distinto tipo para hacer posible la plasmación de ese cambio.

Fueron por una parte importantes los factores de tipo socio-económico, ya que la inexistencia de complejas organizaciones estatales y la ausencia de una casta burocrática o sacerdotal facilitaron en Grecia la reelaboración y la crítica de las tradiciones religiosas. Pero junto a ellos se señala cada vez más la importancia de factores culturales, como el hecho de que los griegos dispusieron del primer sistema de escritura que permitía recoger fonéticamente el lenguaje hablado, gracias a la introducción de las vocales en el alfabeto de origen fenicio. Ese nuevo sistema de escritura facilitó enormemente el aprendizaje y la difusión de la escritura, permitiendo un incremento en el nivel de alfabetización, que a su vez coadyuvó al desarrollo de la filosofía y la ciencia griegas.

Pero esa filosofía y esas ciencias, a la vez que estaban preñadas de posibilidades de desarrollo, nacieron limitadas por una serie de taras. En primer lugar no llegaron a romper

nunca con las tradiciones míticas y religiosas anteriores –ni en sus contenidos ni en sus formas de expresión en algunas ocasiones-; y por otra parte al nacer oponiéndose ideológica y políticamente a los saberes populares –recordemos a Platón- despreciaron lo que muchos de esos saberes, como las diferentes tecnologías artesanales, podrían haber aportado al desarrollo de unas ciencias experimentales, aunables con los magníficos desarrollos de la matemática griega que culminaron en la formulación del álgebra.

Bibliografía

BREMMER, Jan N., *Götter, Mythen und Heiligtümer im antiken Griechenland*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1996.

DUPRÉ, John, *The Disorder of Things. Metaphysical Foundations of the Disunity of Science*, Cambridge (Mass.) and London, Harvard University Press, 1993.

GOODY, Jack, *The Domestication of the Savage Mind*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

GROSS, Alan G., *The Rhetoric of Science*, Cambridge (Mass.) and London, Harvard University Press, 1990.

MAZLISH, Bruce, *The Uncertain Sciences*, New Haven and London, Yale University Press, 1998.

SPERBER, Dan, *Le symbolisme en général*, Paris, Hermann, 1974.

ZIMAN, John, *¿Qué es la ciencia?*, Madrid, Cambridge University Press, 2003 (Cambridge, 1998)